

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

SECCION IV.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. L.

SECCION IV.

SECCION IV.

LA HISTORIA UNIVERSAL, O SEA EL GOBIERNO PROVIDENCIAL
DE DIOS SOBRE LAS NACIONES
ADAPTADO AL CRISTO Y A SU IGLESIA.

CAPITULO I.

Consideraciones generales.

Por fin. El mejor carácter de naturalidad, y de verdad por consiguiente, que una religion debe ofrecer, es el que pueda adaptársele plausiblemente la historia universal, y dar, con los sucesos peculiares de esa religion, el *por qué* de los sucesos notables de la historia del mundo. En ese supuesto, de la dependencia natural que resulte existente entre la historia del mundo y la historia de esa religion, se puede hacer patente la Providencia á los que en ella no creen. Y reciprocamente, si resulta que tal religion es

la más providencial y la más explicativa de la historia del mundo, los que creen en la Providencia, tienen que creer entónces en la excelencia y por lo mismo en la verdad de esa religion.

Para probar que es verdadero el supuesto, comencemos notando cómo solo las religiones que se dicen cristianas, son las que nos dan no ya la explicacion, sino aún la misma historia universal en su parte más importante: la historia universal primitiva. En este punto el Catolicismo hace comun el triunfo con las sectas cristianas. Hé aquí un vacío de todas las otras religiones, contándose entre ellas no ya las ignorantes de los gentiles, sino las científicas de los modernos deístas y racionalistas, vacío que induce una gran presuncion de falsedad para esas religiones.

Los cristianos, por el contrario, podemos narrar el origen de todas las cosas, y la historia del mundo podemos precizarla en estas breves palabras; á Adam, trabajos; á Eva, dolores; á la serpiente, ignominia; al género humano, salud algun dia.

Nosotros vemos á Cain y á Abel comenzar la gran lucha del bien y del mal, lucha que va tomando colosales proporciones, hasta que los

buenos son contados, y entónces viene el fin, el Diluvio.

Y ese fin es la figura de otro fin, cual es la caída de la idolatria, sumergida en las aguas del Bautismo, nuevo diluvio, pero de misericordia; y ese primer fin ó desenlace y ese segundo fin ó desenlace histórico, es la figura de otro fin ó desenlace definitivo cual es el del día del juicio en que un gran número perecerá.

Asimismo, el principio del mundo es el anuncio del principio de otras tres épocas, siendo la tercera la época de la eternidad.

Adam llamado á llenar la tierra con su descendencia, despues que la *drida* aparece y que las aguas se congregan aparte, es Noé llamado, despues que el Diluvio dejó la tierra, á llenar el mundo con su descendencia. Y esta segunda descendencia habia de dar otro Adam, otro Noé, el verdadero Adam, el verdadero Noé, Jesucristo, que en su primera venida se presentó á poblar el mundo moral con la descendencia santa de los cristianos, que en su segunda venida, se presentará á recoger los buenos que encuentre dentro de su Iglesia, á fin de poblar para siempre el mundo celeste.

En armonia con estos designios, vemos que los imperios van desapareciendo para trasfor-

marse en otros y estos en otros, hasta que á todos absorbe el imperio romano, que en el día de su mayor poderío viene á ser absorbido por el reino del Cristo, quien aparece entónces aprovechando el allanamiento de todos los caminos y la paz de todas las gentes.

Después de estos prodigiosos sucesos, la historia universal es la historia del cristianismo, y lo es tanto, que las naciones excluidas de la cristiandad apenas pueden adaptarse á la historia universal.

Ya contamos con que ha de objetárenos, cómo esa porción de la humanidad que queda excluida de la historia universal y que consta del imperio mahometano y de la gentilidad del Asia y del Africa, es mayor que la porción cristiana; y cómo en ese caso el cristianismo no explica toda la historia universal.

Pero nosotros decimos: No debe tomarse por la *humanidad* la porción mayor, sino la mejor; ni deben reputarse los mahometanos y gentiles como formando un cuerpo, sino como partes varias y dispersas, en cuyo caso queda siempre la cristiandad formando la mayor parte. Y esto es muy cierto; la cristiandad, como puede observarse, está dotada de acción y de vida propias, de un cuerpo cuyas partes no están dispersas;

y, por lo mismo, animado; lo que no sucede con las naciones infieles. ¿No son los cristianos los que han ido á invadir la China y las Indias y no al contrario? ¿No es la civilización cristiana la que ha ido á imponer la ley á la civilización india y china por lo que hace á los gentiles, y no es el Cristo el que ha explicado la historia del islamismo, señalando aun ántes de que fuesen, el tiempo de su nacimiento y el de su muerte, explicando el por qué de su existencia y el modo de su fallecimiento?

No se diga, pues, que la historia de esa parte del género humano queda sin explicación en el Cristianismo, cuando es así que solo el Cristianismo es quien da en sí el por qué de la historia de esas regiones, mientras que ellas nada saben de eso, ignorando su propia misión en el campo de la humanidad.

Hé aquí algo del por qué de esa historia: La Iglesia ha de luchar siempre y ha de triunfar siempre: el islamismo ha sido su enemigo jurado, es como un nuevo filisteo que estará siempre alerta en las fronteras del nuevo Israel para castigar sus pecados, para ejercitar sus fuerzas y para probar su fé. Como los antiguos filisteos quedaron al fin sojuzgados y acabaron ántes que el antiguo Israel, así los hijos de Ma-

homa acabarán antes que los cristianos vean la segunda venida del Cristo.

La gentilidad del Asia y del Africa son el campo de las conquistas que nunca ha de faltar á los obreros evangélicos; son los nuevos idumeos que, ya para tocar á su término el nuevo pueblo de Dios, han de ser circuncidados del corazón entrando á la parte con los cristianos, y han de ser las ovejas con que se forme un solo rebaño apacentado por un solo pastor, cuando ya la Europa y la envejecida cristiandad hayan dado muchos apóstatas para el reino del Anticristo que entonces ha de manifestarse.

Entonces vendrá el fin y habrá de librarse el mismo combate con que el mundo dió principio, pero en este combate han de luchar, no ya el ángel y Adam, no ya Caín y Abel, sino la innumerable generacion de Adam, en su mayor auge, dividida en dos bandos, y los ángeles de Dios de parte de unos, y los ángeles de Satanás de parte de otros. Este es el postrer combate del bien y del mal.

Aquí otra vez damos á la profecía parte en la historia; porque siendo esta profecía solidaria para el fin de las tres épocas del mundo, y cumpliendo fielmente en sus dos aplicaciones á las dos épocas que ya pasaron, esa profecía tiene

derecho ya á llamarse historia. El mundo próximo á la segunda venida del Cristo, ha de parecerse al mundo próximo á su primera venida, como entonces se pareció al mundo de los tiempos diluvianos.

Ved aquí cómo en el sistema cristiano la historia universal es la del Cristianismo y cómo solo el Cristianismo puede darnos la historia universal. Ved cómo el Cristianismo con la historia universal que es su historia, nos prueba una Providencia, y cómo la Providencia con su manifestacion, que solo se hace en la historia universal, nos prueba el Cristianismo.

En el sistema cristiano todo se explica, y sin él nada se explica.

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSITARIA

CAPITULO II.

Filosofía de la Historia universal. — El Evangelio de San Juan y las Epístolas de San Pablo, el Discurso de Bossuet sobre la Historia universal, la Ciudad de Dios de San Agustín.

Así como Moisés en el Génesis es el único que ha narrado con verídica precisión, con sublime sencillez, la historia universal primitiva; así San Juan en su Evangelio y San Pablo en sus Epístolas son los primeros que han pensado en descubrir el por qué de la Historia universal, ó sea la filosofía de la Historia. Ese por qué está indagado con mirar tan profundo, que una vez presentado á la fé y á la consideracion, ya no es posible á nadie, aunque quiera, dar otro por qué de la Historia ni asignarle otro desenlace. En la Profecía judía y cristiana está tan

bien llevado el hilo de los acontecimientos, que consignados ya en la historia parte de los actos y corridos del gran drama cuya representacion está dando Dios al mundo en espectáculo, el resto se adivina, por decirlo así.

Enseñados por esos maestros, los doctores cristianos, pero de ellos solo los católicos, han venido á encontrar ese altísimo *por qué*, es decir, la filosofía de la historia universal, ya sea hasta la caída de Roma gentil, ya sea hasta la caída del Anticristo. Nuestros doctores con su pensamiento inmortal han venido á hacer más y más creíble una religion como es esa, que puede producir tan profundos pensadores.

El «*Discurso sobre la historia universal*» de Bossuet, es una obra que no se habria escrito sino con los datos que proporciona el Catolicismo en sus libros santos, en los comentarios de sus doctores católicos, y bajo la influencia de ese pensamiento feliz que en todo busca la unidad; pensamiento que pertenece á los católicos romanos.

Un autor judío apenas habria podido escribir parte de esa grande obra, como que solo habria podido concebir parte de la idea. Porque al llegar al Mesías quedaria perplejo, y poco despues, en los tiempos de Tito, toda luz le fal-

taria, no sabiendo cómo explicar lo que de Tito á acá ha sucedido á los judíos y al género humano.

Un autor protestante, al llegar á los tiempos de los césares cristianos, tendria que dar por oscurecida la antorcha del cristianismo, ni sabria qué decir del paradero de esa luz, ni cómo explicar lo que ha pasado de Constantino á Lutero, ni ménos lo que ha pasado de Lutero hasta el Concilio Vaticano de mil ochocientos setenta.

Empero, Bossuet, católico, ha podido hacer lo que no habria podido Bossuet, por hipótesis, protestante.

Muchos católicos podrán acometer esa empresa, no así protestante alguno.

Poner en espectáculo la perpetuidad de la religion verdadera, al paso que la terminacion de imperios sobre imperios, era digno de un escritor católico romano que reconoce la unidad visible de la Iglesia visible, y que así como el centro no seria quitado de Judá sino hasta la venida del Mesías, así tambien la fé de Pedro nunca faltaria, ni el poder del infierno podria acabar con la sociedad de los que tuviesen á Pedro por cabeza.

Es cosa muy digna de notarse lo que ha pa-

sado con los protestantes y católicos, del tiempo acá despues de escrito el discurso del Obispo de Meaux (1680—1878.) ¿Qué podrian decir los protestantes de la incolumidad de su dogma, de su disciplina, de su Iglesia, á la vez que nosotros probemos la perpetuidad de nuestro dogma, de nuestra disciplina, de nuestra Iglesia en este término de prueba corrido para las dos partes litigantes? Porque, es el caso, que nada decimos de un tiempo cuestionable sino del tiempo que está fuera de disputa, de aquel (1680) en que los católicos y los protestantes pudieron convenirse y apostar así: «vamos á ver, estamos en 1680, de aquí á doscientos años, á ver qué pueden decir los protestantes y los católicos, de la indefectibilidad, de la subsistencia, de la consecuencia, de la perpetuidad del dogma de cada parte contendiente, de su disciplina, de su Iglesia en un período de doscientos años.

Pues bien; estamos ya en mil ochocientos setenta y ocho, y ya se puede escribir otra *historia de las variaciones protestantes*, con que adicionar la primera, y otro *discurso sobre la historia universal* de doscientos años, en que se muestre la *perpetuidad* é invariabilidad del catolicismo, con que adicionar el *Discurso* de Bossuet.

La «*Ciudad de Dios*,» de San Agustin, es un trabajo grandioso, maravilla del genio católico. Al ilustre convertido es dado, como á Saulo, investigar los caminos de Dios, el principio, el medio y el fin, el por qué y el cómo de lo que ha sido, de lo que es, de lo que será; y el lector se admira de haber entendido los designios del Eterno en esa creacion del Universo, en ese mundo de los buenos y de los malos, que saje de la nada para que cada pueblo, ó en lenguaje de San Agustin, cada ciudad, entre luego en la Eternidad, cada uno á su destino. Ese trabajo es ya la historia de los ángeles y de los hombres, como pudiera escribirse, concluido ya todo, pasada ya la catástrofe del juicio final; y es tan grandiosa y tan entera la perspectiva, por el autor ilustre mostrada al lector, que la conmocion del ánimo cree uno ser la misma que experimente quien vea en realidad cerrada la historia del mundo, y á Dios reinando sobre sus criaturas, concluida de facto toda guerra, los buenos en posesion ya de las delicias eternas y los malos en el dolor del infierno eterno.

A diferencia de Bossuet, San Agustin nos muestra la perpetuidad no solo de la religion, es decir, de la ciudad de Dios, sino de la sociedad perversa ó sea la ciudad del diablo, en esa

narración que comienza desde Luzbel á concluir en la Eternidad del Infierno. Y hace admirar asimismo la perpetuidad de la obra de Satanás como la de la obra del Altísimo. Pero de suerte que se vea en la obra de Satanás no la perpetuidad de los errores, sino del error; no de este y aquel mal querer, sino del mal querer. El grande hombre pone en espectáculo, por una parte la inestabilidad del error y del mal, que es propia de la obra de la criatura, y por otra parte, la estabilidad del error y del mal en lo que á Dios pertenece y que cede en gloria de su bondad y de su justicia, puesto que al permitir á los malos combatir con los buenos, los ha obligado á seguir un paralelo que ceda siempre en gloria de los buenos.

Contra los buenos ángeles luchan los malos, para que Luzbel quede confundido. Contra Adam, Luzbel, para que la mujer venza. Contra Abel, Cain, para que venza Seth; de suerte que la posteridad de Seth en Noé, venza por el Diluvio á la de Enoch hijo de Cain. Contra el pueblo de Dios se va formando Babilonia, para que esta ciudad caiga, delante de Jerusalem reedificada. Mas, al caer Babilonia, se va formando la otra Babilonia. Caer Babilonia y es fundada Roma. Contra el pueblo del Cristo pelea

Roma con todo su poder, y Roma cae y los cristianos tienen de su parte á Constantino y á Teodosio, césares cristianos. Satanás será encadenado mil años, y vendrá de nuevo la persecución; la ciudad de los malos se ensanchará y la de los buenos será estrechada. Reinará el Anticristo, y el postrero angustiosísimo combate se dará, y el Cristo vendrá, y con el soplo de su boca herirá al perverso, y este con los malos irá al profundo, y el Cristo con los buenos volverá á lo excelso. Y Dios reinará para siempre en plena justicia para unos, en plena gracia para otros, en plena sabiduría, omnipotencia, bondad y misericordia para todos, y Dios será glorificado para siempre por los siglos de los siglos.

Hé aquí un sistema admirable y grandioso: todo sale de Dios por gracia, todo vuelve á Dios por gloria.

El que así puede concebir la inmensidad en tan claros, precisos, razonables y razonados conceptos, es porque tiene la verdadera ciencia que solo de Dios puede venir. Esa magnificencia de conceptos convence de que quien los tiene posee el sistema de la religion verdadera.